

un fresco el fresco
 gotando sangre
 tenido de rojo la
 as los cuidadosos
 a costumbre vena-
 eminentes pinos
 in longevidad con
 al vez la temible
 por tu brillante
 o, querer besar el
 te,

tas así las armas,
 agrada encina, o,
 esponde a tu ex-
 fuente en cuyas
 deja reposar tus
 de grama y déja-
 acertado (del pie
); de mi mismo
 cantarte; del pie
 rtado porque a ti
 sobre la hierba,
 ite hallar de este
 ; pasos a la real

y suave, de esta
 le perseguido de
 rpe, mi humilde
 , dará su dulce
 aires —publica-
 aunque calle la

1 Era aquella florida estación del año en que el Sol entra en el signo de Tauro (signo del Zodiaco que recuerda la engañosa transformación de Júpiter en toro para raptar a Europa). Entra el Sol en Tauro por el mes de abril, y entonces el toro celeste (armada su frente por la media luna de los cuernos, luciente e iluminado por la luz del Sol, traspasado de tal manera por el Sol que se confunden los rayos del astro y el pelo del animal) parece que pace estrellas (que de tal modo las hace palidecer ante su brillo) en los campos azul zafiro del cielo.

7 Pues en este tiempo, un mancebo, que por su belleza pudiera mejor que el garzón Ganimedes ser el copero de Júpiter, naufrago en medio del mar, y, a más de esto, ausente de la que ama y desdénado por ella, da dulces y lagrimosas querellas al mar, de tal suerte, que, condolido el Océano, sirvió el mismo gemido del joven para aplacar el viento y las ondas, casi como si el doloroso canto del mancebo hubiera

repetido el prodigio de la dulce lira de Arión. (Navegando de Italia a Corinto quisieron los marineros, por apoderarse de las riquezas del músico Arión, arrojar a éste al agua. Solicitó Arión cantar antes de morir, y, habiéndosele concedido, a la música de su lira acudieron los delfines. Visto que no podía obtener gracia de los que le querían matar, se arrojó al agua; pero un delfín lo tomó sobre su lomo y condujo a tierra. Del mismo modo la lastimosa canción de nuestro náufrago hizo que el mar se condoliciera de él y le salvó la vida).

15 Una piadosa tabla de pino (árbol opuesto siempre en la montaña al viento Noto su enemigo), una rota y pequeña tabla de la naufragada embarcación, sirvió como de «delfín» suficiente a nuestro peregrino, fue suficiente para salvar la vida del mancebo, tan inconsiderado, que se había atrevido a confiar su camino a un desierto de olas, al mar, y su vida a un leño, a una nave.

22 Y habiendo sido primero tragado por el mar, y luego devuelto por el oleaje a la costa, fue a salir a la orilla, no lejos de donde se levanta un escollo, coronado de nidos de águila, hechos de juncos secos y de abrigadas plumas. Y así nuestro náufrago, que salía de la mar cubierto de espumas y de algas, halló hospitalidad entre las mismas altas rocas en que anidan las águilas, aves dedicadas a Júpiter.

29 Besa el joven la arena y ofrece a la roca, como un exvoto, aquel pequeño tablón de la destrozada nave, que le había llevado hasta la playa: porque aun las mismas peñas son sensibles a las muestras de agradecimiento. Después se desnuda y retorce sus ropas de modo que todo el «océano» que habían bebido—toda el agua de que estaban empapadas—, bien exprimida, salga del tejido y caiga a la arena. Y por fin las extiende a secar al sol, el cual las va lamando ligeramente con su dulce lengua de templado fuego, y de tal

modo con su suave calor las acomete parte por parte y enjuga, que llega hasta evaporar y hacer desaparecer delicadamente la menor gota de agua de la menor partícula, de la más diminuta hebrilla del vestido.

42 No bien siente nuestro desgraciado extranjero que la dorada luz desaparece del horizonte (de tal suerte que ya el crepúsculo finge a la vista, allá en la lejanía, sólo una desigual confusión de espacios de agua que parecen montes y de montes que semejan mares), cuando, reintegrado en aquellas prendas que había perdido de la furia del mar—puestos otra vez sus vestidos—, escala, caminando entre abrojos a la dudosa luz crepuscular (y no con tanto cansancio como asombro), unos riscos, tan elevados, que con dificultad los coronaría en su vuelo el ave más veloz y atrevida.

52 Vencida por fin la cumbre, que sirve de exacta separación y muralla inexpugnable entre el mar siempre rumoroso y el silencioso campo, con paso ya más seguro camina nuestro joven hacia el pequeño y vacilante resplandor de una luz, apenas visible a causa de la lejanía, probablemente farol de una cabaña, que, anclada como un navío, está mostrando el puerto en medio de aquel incierto golfo de sombras.

62 El joven peregrino se dirige a la luz y dice: «¡Oh rayos luminosos y trémulos, ya que no seáis los fuegos de Cástor y Pólux, hijos de Leda—ya que no seáis esas luces, llamadas en castellano *fuego de Santelmo*, que a veces aparecen en los extremos de los mástiles y los marineros tienen por señal de tiempo bonancible—sed, por lo menos, el término luminoso de mi mala fortuna, halle, por lo menos, descanso en vosotros mi desgracia!»

64 Y como teme que alguna arbolada envidiosa e inculta se interponga entre él y la luz, o que los vientos se conjuren y apaguen el resplandor, lo mismo que los

villanos pisan la fragosa montaña como si fuese una fácil llanura, guiados por el carbunco, piedra luminosa, bella aun entre los espantos de la noche, clara aun en competencia con las estrellas, que, si no miente una tradición no bien autorizada, trae en su cabeza cierto animal amigo de la oscuridad, de tal modo, que la piedra es como corona o tiara, que, indignamente —sin merecerlo— lleva en la cabeza, y la frente del animal, con el resplandor de la piedra, parece un brillante carro de un sol nocturno: pues del mismo modo, nuestro joven aviva con diligencia su andar, pisando por la espesura con la misma velocidad que por lo raso, fijos los ojos, a pesar de la niebla fría de la noche, en aquella luz, que es como el carbunco que él sigue, que es como el polo de atracción de su brújula, sin que basten a impedirle su alcance el bramido de los vientos o el crujir de las ramas en el bosque.

84 Ya el vigilante perro de la cabaña ladra sintiendo la cercanía del joven, y pretendiendo ahuyentarle con sus ladridos, lo que hace es darle más exacto indicio de la ruta que debe seguir. Ya se ve bien la luz que tan pequeña parecía desde lejos, la cual es, vista de cerca, tan grande, que arde en ella una robusta encina, deshecha en cenizas como enorme mariposa abrasada en la luz.

90 Llegó pues el manco, y fue saludado con llaneza y sin alíño de palabras por los cabreros que a Vulcano (dios del fuego) tenían coronado — que estaban sentados formando corona o círculo alrededor de una hoguera—.

94 ¡Oh albergue, refugio feliz en cualquier hora del día o de la vida, templo de Pales, diosa de los pastores, alquería de Flora, diosa de las flores!: no fue necesario para construirte arte de moderno arquitecto, afanado en bosquejar modelos, en borrar y dibujar planos, ansioso de rellenar con el altísimo edificio toda la con-

cavidad inmensa de los cielos; unas cuantas retamas sobre troncos de roble han bastado para construirte, oh pobre cabaña, en donde no hacen falta armas para estar seguros, pues la propia simplicidad guarda al cabrero mejor que el silbido del pastor a su ganado. ¡Oh albergue, oh refugio feliz en cualquier hora!

108 No mora en ti la ambición, siempre ansiosa de nuevos vientos de honores, riquezas y alabanzas; ni habita en ti la envidia que se alimenta de los áspides de Egipto; ni en ti se encuentra la disimulación * que muestra humano y agradable rostro, pero esconde una intención fiera y mortal, siendo así (por comenzar en rostro humano y acabar en fiera) a manera de estíngite elocuente que (como la de Tebas) propone con hábiles palabras lo que ha de ser pernicioso, y con sus engaños hace engrasarse al presumido cortesano (Narciso moderno, que ya no busca las fuentes para mirarse, ya no desdeña a la niña Eco, como el mitológico, sino que por el contrario desdeña las fuentes de la verdad, las fuentes que le podrían reflejar su propia imagen, y busca en cambio el eco de las alabanzas); ni existe en ti la etiqueta cortesana que gasta en salvas impertinentes la pólvora —que derrocha en inútiles cumplimientos el tiempo más preciso—: ceremonia profana, usada allá en los palacios, de la cual se burla, apoyada sobre el corvo cayado, la rústica sinceridad. ¡Oh albergue, oh refugio feliz en cualquier hora!

124 Tampoco conoce tus umbrales la adulación, que es como una sirena del mar de los reales palacios, en cuyas arenas, adormecidos por el engañoso canto de la lisonja, han perecido tantos navíos —han naufragado tantos cortesanos— viniendo a ser trofeos o despojos de aquel armonioso sueño que los adormeció; tampoco en la choza pastoril está la mentira dedicada a dorarle los feos pies al pavo real —dedicada a adular al poderoso hasta en sus mismos defectos—, mientras él hace la rueda —mientras él ostenta el poder en su

mano—; ni se dan aquí las espantosas caídas de los validos que, nuevos Icaros, vuelan con alas de cera, y, arimiándose, a los príncipes, con el mismo calor de los rayos del poder se les funde a veces la cera, y, desde la altura, van a caer al mar de la desgracia. ¡Oh albergue, oh refugio feliz en cualquier hora!

136 No parecía, a decir verdad, ser natural de aquellos montes (que mejor pudieran engendrar fierezas que cortesías) la gente que hospedó al forastero con aquel mismo espíritu de sencillez y de candor que tenía el hombre en la edad dorada, cuando los fresnos le servían de tienda y las bellotas eran su alimento.

143 Pusieron como mesa un cuadrado tronco de pino, cubierto, no de blancos manteles, sino de un áspero aunque limpio sayal; y en un trozo de boj (al cual el torro había dado, a pesar de su dureza, forma de cuenco, sumamente sencilla, pero elegante) le dan leche ordeñada aquella mañana, muy fría, y tan blanca, que los lirios de la frente del Alba desmerecieron en blanco junto a ella, y tan gruesa, que era casi impenetrable a la cuchara, extraña invención del viejo Alcimedonte.

153 También le sirven, en rojizos hilos como de fina grana, cecina de macho cabrío: de un macho cabrío que había sido durante casi cinco años esposo de más de doscientas cabras, tan atrevido que jamás perdonó racimo su diente, aunque estuviere coronando la misma frente de Baco (y menos aún si el racimo estaba simplemente en las vides), macho al que el amor coronó siempre como vencedor en los combates que por ellos y a testarazos mantienen unos cabrones con otros, hasta que se presentó un rival joven, de poca barbillas, de cuerno no muy duro, que le venció, librando así con la muerte del viejo tantas vides como éste aún hubiera podido desmochar.

163 Después se tiende nuestro joven sobre un lecho de corchos cubierto de blandas pieles que le facilitan un sueño más regalado que el del príncipe que duerme entre sábanas de Holanda, púrpura de Tiro o brocado milanes. No ha bebido vinos añejos que puedan agravar su dormir con pesadillas afanosas, con ensueños de poder que le hagan verse (como el Sísifo mitológico, que fue condenado a subir eternamente un enorme peñasco a una altísima montaña), subiendo con ansia la cuesta de la ambición, ni que cuando parece que está ya en la cumbre, el despertar le traiga a lo real, y quede burlado del mismo peso de su desmoronada vanagloria. Ni fue su sueño interrumpido por el estruendo de trompa militar o por el son de destempladas cajas, sino sólo por el perro que entre las tinieblas de la noche ladra ba enfurecido contra la hoja seca que el viento arrancó de algún roble.

176 Durmió, por tanto, y se despierta sólo cuando las aves (como dulces esquílas de pluma sonora) empezaron a dar con sus voces señales del alba al Sol, el cual, así avisado, salió del mar, que es su lecho de espuma, y rayó de luz la cabaña, verde obelisco de retamas y roble.

182 Después de haber dado gracias a sus huéspedes, deja el peregrino la cabaña y sale acompañado de un cabrero, que le lleva hasta unas rocas, levantadas a pocos pasos del camino, que dominan desde su altura, como una atalaya, todo el campo, apacible galería hoy, que en otro tiempo sirvió de teatro para celebrar sus fiestas a todos los faunos habitadores de la montaña. Llega el joven y, obedeciendo su pie a la amplia vista que se descubre, se queda inmóvil de admiración sobre un lentisco que sirve como de verde balcón a la agradable atalaya.

194 Si el espacio de terreno, relativamente corto, que alcanza a ver ya contiene en sí mucho, mucho más

es aún lo que entre neblinas confunde el sol y la mucha distancia no deja contemplar. La admiración del joven sólo acierta a expresarse callando, mientras sigue, ciega, deslumbrada, el fluir de un río resplandeciente, nacido en aquellos montes, que va torciendo lentamente su largo curso por el campo y obligándole a rendir provechosos frutos.

202 Sus orillas están orladas de frutales y de flores * que se podrían decir tomadas a la misma Aurora; y así va corriendo derecho mientras la superficie de sus cristalinas aguas no choca con alguna altura del campo; cuando tal ocurre, parece que huye por un rato de sí mismo, pero luego se vuelve a alcanzar; tal vez se desvía y va a buscar con lascivo ardor sus propios desvíos, mientras sus aguas hacen mil errores y juegos y locuras.

210 Engarzando en su hilo de plata los edificios de sus orillas, se corona de quintas y posesiones, y se dilata majestuosamente (dividido en varios caudalosos brazos por islas que son como frondosos paréntesis al extenso período de su curso), desde la alta gruta en donde nace hasta los jaspes líquidos del mar, en donde, venido por las aguas inmensas, pierde su orgullo, y, disuélto en ellas, esconde definitivamente su memoria.

219 En esto, dando muestras de gran dolor, el cabrero comenzó a hablar: «Aquellas torres, hoy casi tapadas por los árboles, eran, en otro tiempo, tan altas, que las estrellas del cielo parecían nocturnas luminarias de las almenas. Y esto ocurría cuando yo, en vez de este sayal de pastor, vestía las armas de guerrero. Ahora las torres yacen derrumbadas, y la piadosa hiedra cubre sus piedras desnudas, porque el tiempo, lo mismo que sabe aliviar las calamidades, sabe recubrir de verdura las ruinas.»

229 Con gusto y atención oía el joven al cabrero, cuando un tropel de cazadores que con armas y perros iban dando alcance a un lobo (tropel tan veloz e impetuoso que más bien parecía torrente que fuera arrastrando a las personas en pos de sí, por no decir a los mismos cerros) hizo que el serrano abandonara el terreno discursivo que había comenzado y la grata compañía en que estaba; así, que, conduciendo otra vez su huésped desde el alto y amplio miradero hasta el camino, se dirige velozmente hacia el grupo vociferante de los que iban dando caza al lobo, y aumenta con su persona el tropel de los perseguidores y con sus gritos el estruendo.

240 Bajaba nuestro peregrino extranjero por la senda, admirando la gallardía del pastor (que con tanta elegancia había dado comienzo al interrumpido discurso), pues en él parecían reunirse las cualidades de Pan, dios de los pastores, y de Marte, dios de los guerreros, de tal suerte que se diría ver en el cabrero imitadas las figuras de un dios Pan armado y de un Marte semicabruno, cuando la música de un canoro instrumento cautivó dulcemente el oído del joven, y el oído, así cautivado, hizo que se detuvieran los pies: el instrumento era pulsado por una serrana, junto al tronco de un árbol, sobre un arroyo, cuyas aguas, si habían enronquecido antes a fuerza de quejarse, ahora estaban mudadas por no interrumpir la música, ya que no completamente enfrenadas o detenidas (como en el caso de Orfeo) para oírta.

250 Había con esta serrana otra zagala de aquellos montes que estaba lavándose la cara con el agua del arroyo (*O tal vez bebiendo*), de suerte que juntaba el cristal líquido del agua con el humano de su rostro por medio del bello arcaduz o conducto de su mano, arcaduz que igualaba en belleza al cristal del rostro y venía al cristal del agua.

254 Otra zagala se está poniendo las mejores rosas y lirios del verde margen en el pelo, que, así adorna-

do, era, o por los muchos matices aurora con rayos, o por lo hermoso sol con flores —que junta en sí las flores, atributos de la Aurora, y los rayos, atributos del Sol—. Otra hiere hábilmente unas negras pizarras entre sus blancos dedos, con tal destreza, que dudo que aun los mismos peñascos (como en el caso de Orfeo) pudieran quedarse quietos al escucharla. Al son pues de este instrumento sonoro y rudo, otra zagala, con movimientos lascivos, pero con recatado mirar, baila, y con su baile altera y perturba la floresta y sus moradores.

266 En fin, tantas montañas hay en el arroyuelo, tantas en el prado, que se diría ser su número mayor que el de las Hamadriás, ninfas de los árboles, de las cuales cada árbol tiene la suya. Esta afluencia o inundación de serranas hermosas había salido de todas las aldeas de la populosa montaña para asistir a unas bodas pastoriles.

274 El joven forastero, escondido en lo hueco de una encina, estaba alimentando su vista con la hermosura del cuadro, y su oído con el canto armonioso y música de las mozas. Hubiera juzgado nuestro manco que eran errantes ninfas, a no ser porque no llevaban aljaba al hombro; y considerándolas bacantes, que bien lo pudieran ser por la mucha algazara y bulla, andaba viendo si podría encontrar al Sileno —al anciano— que debía presidir aquella fiesta; si ya tal vez no se trataba de un desarmado escuadrón de amazonas que tremolase banderas de paz en las orillas de aquel arroyo nacido de la montaña y émullo, caso de ser ellas amazonas, del mismo Termodonte (que es el río junto al cual estas guerreiras mujeres tenían su habitación).

288 Andaba de una parte a otra una multitud alegre y retozona de serranos, que, a lo que le pareció al forastero, debían de ser todos mozos no oprimidos por la coyunda matrimonial, cuando, entre música de rústi-

cos albugues y acompañada de jóvenes floridos, aparece una resplandeciente ternereña, cargados de flores los cuernecillos que, como rayos de luz, ya empezaban a brillar en su frente; y con la ternereña, su madre, no menos enramada y adornada que la cría.

298 De las manos de uno de los mozos penden pesados manojos de gallinas: así va bajando por el camino estas negras y crestadas aves cuyo lascivo esposo, el gallo, es el heraldo vigilante y cantarán que desde los corrales de las casas anuncia el sol, y que, teniendo barbas de coral, se ciñe un turbante o cresta, no de oro, sino de púrpura.

304 Alguno de los serranos lleva colgados del cuello unos cabritos de manchada piel, tan retozadores y golosos, que andan alisando con la lengua y mordisqueando las flores de la guirnalda que como adorno traen en la cabeza; y si alguno no puede llegar a tocarla, se afana y gime.

310 No pudieron conservar su paz a los temerosos conejuelos el sitio quebrado en que vivían ni el torcido agujero de su madriguera: helos aquí que, muertos, los trae un serrano pendientes del hombro, en tan gran número, que bien pueden asombrar por su multitud, y bien le podrían servir de pesada carga al serrano; pero él los ostenta como un trofeo, orgulloso de haberles dado muerte.

316 ¡Oh pavo, oh tú ave que nos llegaste peregrinando de las Indias Occidentales, esplendor arrogante de ellas por tu tamaño (ya que por tu forma no se te pueda llamar esplendor bello), puedes dejar pender (como dicen que haces cuando te enojás) la piel rugosa y anaranada de tu frente sobre tu cuello azulado y crespo, que todo será inútil, porque el dios de las bodas, Hímeno, te tiene destinado ya para la comida nupcial.

322 Otros dos labriegos llevan a hombros una larga vara de la que cuelgan cien perdicos con cien picos de color rubí, de patas tan rojas, que se las podría decir calzadas de finísimos tafletes carmesíes: tafletes que, siendo producto natural de aquellos incultos riscos y laderas, pudieran hacer competencia y aun vencer a los atamados de Berbería.

328 La orza o puchero de barro que llevaba otro de los montañeses, contenta (en panales divididos en celdillas de líquido oro) miel: ese néctar que lloran los ojos de la Aurora (si es verdad que la Aurora llora néctar), y que, antes que lo seque el sol, ha enjugado ya la abejita que madrugó a libar en las flores, a chupar los cristales del rocío.

366 Venía, por último, un ternezuelo gamo, cuyo cuerno en brote no llegaba a exceder la longitud de la oreja, y que parecía resistirse y dejarse llevar con mucha dificultad a las bodas. Y tenía razón, porque el tálamo recela aun de la menor sombra de lisonjas o adornos de la frente, aunque sean tan pequeños como los del animalito.

342 Una vez que los jóvenes montañeses, cansados a causa de la mucha carga que llevaban, hubieron llegado llegar al fin de la revuelta en arco del camino (revuelta que habían esquivado las gallardas serranas bajando trabajosamente, como por la cuerda del arco, por el atajo fragoso), libran por algunos momentos los fuertes hombros de sus pesadas cargas, y se tienden, para buscar un descanso pronto convertido en sueño, a orillas del arroyo; el cual, si antes cortía sañudo y turbulento, ahora fluye manso, a causa, sin duda, de las bellezas que ha albergado en sus márgenes, a no ser que haya sido amansado por la concertada armonía que las negras guijas del cauce (como si fueran unas negras cuerdas, sujetas en las lúcentes clavijas de marfil que fingían los miembros de las serranas) * hacían al he-

rir la rápida corriente, siempre que el viento no embavecía ésta.

357 Nuestro peregrino extranjero se separó de la entina (en cuyo hueco se había mantenido oculto) antes de que el último de los montañeses hubiera acabado de tenderse sobre la basquiña de fina grana de su hermosa montaña, para abandonar, en las vestidas rosas de los miembros bellos, la fatiga del camino y su amoroso cuidado. El joven saludó a todos con cortesía, y mientras los montañeses no menos le admiraban que correspondían a sus saludos, fue a sentarse a la sombra de unas peñas. Mas un político y discreto serrano de conocido cabello, habiendo reconocido en el vestido del extranjero las indelibles huellas del agua del mar, que no habían podido ser quitadas del todo por los rayos del sol, llenos de lágrimas los tiernos ojos, comenzó a hablar así:

373 «¿Cuál tigre, la más fiera que infamó con su crueldad el país de Hircania, dio de mamar a aquél que surcó por primera vez, como un labrador de las aguas, el campo undoso de este o de aquel mar, en una infauza embarcación de pino, impulsada por la vela: por la vela seguidora del viento, como una vaga Cíclic del viento que se hubiera transformado en telas y no en flor? (Cíclic fue una ninfa, que, desdeñada por Apolo, fue convertida por los dioses en el heliotropo, flor que sigue siempre la dirección del Sol. Del mismo modo el lino, transformado, no en flor, sino en telas, sigue dócilmente la dirección del viento). Este primer navío, monstruo maino, que en lugar de escamas estaba recubierto de tablones de madera, llevó a las playas que separa el ancho mar más guerras y calamidades que el caballo de madera de los griegos a los muros de Troya.

386 La industria de los navegantes llegó a descubrir la piedra imán, que tiene la propiedad de adherirse al hierro (metal de que el guerrero se vistió) de la misma manera que la hiedra se abraza al escollo, y la

gran virtud de dirigirse solícitamente hacia la estrella que más tiempo brilla en el cielo de la noche, que es la que está más cercana al polo, la estrella polar. Tiene además otra curiosa propiedad esta piedra (ya hecha brújula) y es que cuando el Norte está distante, la aguja se sienta atraída, llamada, revocada, por la estrella polar; pero a corta distancia del Norte, cuando la estrella queda casi encima, la aguja, en vez de ser atraída, oscila entre el oriente, rosado balcón de la Aurora bella, y el mar de occidente, tumba fría y azul que oculta los últimos resplandores del Sol.

400 Hoy, los navíos, de alas de lino y cuerpo de roble, se confían a la dirección de esta amante dura del Norte —la brújula— y llegan así a doblar los cabos más tormentosos y no dejan que se escapen a su vuelo ni aun las islas más apartadas.

404 Tifis fue quien condujo la todavía poco segura primera nave, llamada nave Argos; más tarde Palinuro, piloto mayor de la armada de Eneas, condujo ya no sólo un navío, sino muchos al mismo tiempo. Si bien ambos navegaron no más que por el mar Mediterráneo, al cual la tierra había dejado convertido en estanco que y cuyo famoso estrecho de Gibraltar cierran como llaves las dos columnas de Hércules (llamado también Alcides).

410 Pero hoy la Codicia, hecha piloto, no ya de algunas aves errantes, sino de verdaderos bosques de navíos, sin admitir competencia de nadie en penetrar los últimos rincones del mundo, ha dejado encanecido de su propia espuma al Océano, padre de las aguas, de cuyo dilatado imperio nadie llega a conocer los límites, ni aun el mismo Sol, a pesar de nacer y morir todos los días en sus ondas.

420 Tres abetos, tres embarcaciones de la Codicia, fueron las tres carabelas de Colón, que violaron aquella

parte del tridente o imperio marítimo de Neptuno que hasta entonces nadie había surcado, llegando hasta besar los últimos límites del Océano Atlántico que son como cortinas azules que el occidente corre al lecho del sol en las ondas del mar.

426 A pesar luego de las flechas enherboladas, que, como áspides volantes, oscurecían con su número el Sol y con su veneno emponzoñaban el viento, las banderas de la Codicia, siempre tremolantes y gloriosas, derrotaron a los indios caribes, armados de innumerables plumas, antropófagos y feroces como los fabulosos letrigones, verdaderas fieras con alas (a causa de la velocidad y ligereza de sus flechas), que habitaban las tierras cercanas al Istmo: al Istmo de Panamá, que divide el Océano en dos mitades, y, como si el mar fuera una serpiente de cristal, le impide juntar la cabeza, coronada por el Norte —el Mar del Norte u Océano Atlántico— con la cola escamada que el Sur adorna con las estrellas antárticas —el Mar del Sur u Océano Pacífico—.

437 Después que la Codicia hubo llenado con sus navíos el Mar del Norte —Atlántico—, necesitó asimismo dar nuevos navíos al Polo Austral, haciéndolos navegar por el Mar del Sur —Pacífico— (tan pronto como Vasco Núñez de Balboa lo descubrió y tomó posesión de él en nombre de los Reyes de España); y el recién descubierto Pacífico rindió a la Codicia no sólo las blancas perlas, hijas de sus bellas conchas, sino los metales preciosos, pero mortíferos por los males que causan entre los hombres, que el demasiado ambicioso rey Midas no supo lograr acertadamente (Midas obtuvo de los dioses que se le convirtiera en oro todo lo que tocara, con lo que vino a no poder alimentarse porque también se le convertirían en oro los manjares que se llevaba a la boca).

442 No le bastó después al elemento marino oponerse a la audacia de los navegantes con todos su mons-

truos, orcas y ballenas, amuñallarse con montañas de espuma, infamar sus arenas haciéndolas blanquear con los huesos de estos primeros navegantes del Nuevo Mundo (señas de naufragios que aun a los buitres fueran lastimosas), para con todas estas señas lograr frenar el atrevimiento de los navegantes portugueses (descubridores de la ruta africana para la India) y de los otros que vinieron después. Porque a ti, ¡oh Codicial!, a ti, ¡oh torpe marinero de la Estigia lagunal!, no te arredran todos los sepulcros que el fiero mar abre a tus huesos.

454 Aquel promontorio cuyas rocas hizo Eolo canchados de otras nuevas grutas para encerrar, como en las islas Eolidas, los vientos (el Austro lluvioso, que jamás trae las alas secas, y el Cierzo violento, que parece respirar por cien bocas); aquel promontorio, tú, Codicia, lo doblaste alegremente, por obra de los marinos Iustitanos, y la obstinada antena de tu navío hizo mereciera el nombre de Cabo de Buena Esperanza.

460 Después, frustrados todos los presagios astronómicos y toda la doctrina náutica que habían dado la empresa por imposible, y vencidos, aun debajo de la zona tórrida, que es la más vecina al Sol, naufragios y calmas, besaste por fin los reinos de la Aurora Llegado (por obra de Vasco de Gama) a las Indias Orientales, cuyos mares purpúreos * te guardan las perlas más puras, mientras la tierra con sus minas te proporciona oro, el más precioso engaste para las perlas.

468 Y Llegaste aún a más, puesto que supiste penetrar hasta en la aromática selva de la Arabia, donde tiene su pira funeral y el nido en que renace el fénix, ave que al volar imita con los colores de sus alas los del arco iris, de tal modo, que su vuelo * es un arco iris celeste, no curvo como el natural, sino tendido.

473 Más tarde sirvió este mismo elemento del mar como de zodiaco de cristal a un pino glorioso, a una

nave, que lo recorrió todo del mismo modo que el Sol recorre el Zodiaco, viniendo a ser así competidora del ardiente carro del Sol. Había ya servido el mar cuatrocientas veces de dosel al día y de tálamo a la noche (habían pasado ya cuatrocientos días naturales) cuando logró encontrar esta nave el que, en recuerdo de tal empresa, había de ser llamado estrecho de Magallanes, bisagra de agua como plata fugitiva que abraza y une el Océano Atlántico y el Pacífico (pues todo el mar es uno solo e idéntico, lo mismo cuando besan sus aguas el Occidente en las Columnas de Hércules o Estrecho de Gibraltar, que cuando besan el Oriente, púrpura que sirve de tapete a la Aurora). Esta nave, llamada Victoria, pende hoy varada en el húmedo templo de Neptuno para recuerdo de aquella proeza.

488 No te describiré ahora (continúa diciendo el sertrano) la inmóvil flota de firmes islas que hay en el mar de Oriente —Islas de Oceanía—, cuyo número, por su hermosura, encanto y variedad, podría causar la misma dulce confusión (aunque no excitar a lascivia) que en los claros remansos del río Euroras las vírgenes cazadoras, ninfas de Diana, al bañarse desnudas y fingir, con sus bellos miembros medio sumergidos, escollos de mármol pario o de marfil terso, con tal belleza, que, si Acreón por haber visto la escena del baño fue convertido en ciervo y despedazado por su propia jauría, razón tuvo bastante para querer su pérdida.

498 Quétese también, oh amigo, en aquellos inseguros mares el bosque repartido entre unas pocas islas que forman las Molucas, productor de la fragante especie del clavo, especie que, transportada con dificultad a través del Egipto, llegó tarde a las bocas del Nilo, y más tarde pasó desde allí a la golosa Grecia. Clavo que, por sus cualidades excitantes, mejor que clavo, podría llamarse espuela del apetito, hasta tal punto, que mientras Roma no lo conoció, las costumbres fueron moderadas, Cartón templado y casta Lucrecia. ¡Que se

quede allá en aquellos mares en donde se perdieron justamente mi hacienda y un hijo mío, que era la mejor parte de mi alma, y cuya memoria es aún buitre de pesares para mí.» Al llegar a este punto, ahogó el serrano en suspiros y lágrimas el resto de su discurso: en más suspiros y lágrimas que temporales y olas anegaron su hijo y hacienda.

514 Nuestro peregrino hubiera podido consolarle contándole los largos infortunios de su corta edad, si los montañeses no hubieran vuelto a tomar sus cargas, como diligentes hormigas sus granos, y no hubieran comenzado a ponerse en movimiento, cubriendo el camino con su multitud y el cielo con el polvo que levantaban. Enjugó entonces el viejo las tiernas gotas de llanto que por las canas le corrían, y, ayudando a levantarse al forastero, dijo:

523 «Hijo, me han hecho cabeza de este hermoso escuadrón de serranas; si es que no tienes alguna obligación precisa y la indeterminación en que te hallas tolera que te dé un consejo, la piedad, que te ha hecho ya huésped del alma, te convida también al sueño que nos promete la urbana alameda, verde muro de aquel lugarejo, que desde aquí, a pesar de esos fresnos, puedes contemplar. Sigue conmigo este grupo de mujeres: asistirás a la boda de nuestros labradores y la honrarás con tu presencia, pues tus ropas me dan aún mayores pruebas de tu calidad que las que me han dado de tu naufragio, si no es que, siendo yo tan viejo como soy, me falta de buen juicio todo lo que me sobra de edad.»

538 Mal pudo el extranjero, agradecido a los ofrecimientos del serrano, negarse a tal «compañía» en el lucido «tercio» o regimiento de bellas montañesas ni renunciar al hospedaje que se le ofrecía con tan noble ocasión como la de unas bodas. Y así, comienzan a andar por el bosque, que, si bien no tenía sus árboles distribuidos formando carreras de álamos y

calles de chopos, era tan agradable en cambio su desorden que entre el fresco ruido de los céfiros y la densa enramada de los árboles sería difícil determinar quién hacía más guerra y resistencia, si el fresco ruido al calor o si el follaje a la luz del día.

547 Tejiendo coros, cantando con voces alternadas, va siguiendo el dulce escuadrón de mozas el lento paso del perezoso arroyo, mientras la blanda corriente roba de vez en cuando, entre los robustos olmos que besa, pedazos de cristal vivo que el movimiento del baile descubre entre la falda y la falda da al coturno, pero el coturno, aunque es base celosa de la columna de la pierna (puesto que la oculta entre las faldas), resulta en esta ocasión una pródiga dispensadora del bello cristal.

557 Tan dulcemente cantaban las mozas, que por la armonía se las podría llamar sirenas de los montes, y al más añoso árbol, al que menos pudiera temer su ruina o recelar su fracaso por los embates del viento, desarraigara e hiciera dar pasos el menor paso de los pies, el menor paso o cambio musical de la garganta de las serranas (como ya ocurrió otra vez antiguamente con la música de Orfeo). También, entre el follaje, o revoloteando por encima del rústico coro, prestan oído al canto las pintadas aves, cistras de pluma; mientras el arroyo, por mejor oír, forma alrededor de cada guijarro una oreja o semicírculo de espuma, desde la fuente donde nace hasta donde muere.

569 Los serranos, por su parte, se están prometiendo, fanfarrones, los premios que hay consignados para el siguiente día y que habrán de disputarse en varios ejercicios: salto formidable, ardiente lucha, polvorosa carrera. Y el menos ágil de todos los allí presentes no teme desafiar ya desde ahora a todos los montañeses comarcanos que a las bodas han de acudir, y se las augura tan felices que ya de antemano consagra los

premios a su esposa, la cual va enjugando, con muchos pétalos de rosas deshojadas, la frente del jactancioso; frente que, sólo de la marcha, está ya más empapada de sudor que lo que él se imagina que ha de estar al día siguiente en el salto, en la carrera y en la lucha.

580 Un círculo espacioso a manera de glorieta, servía de apacible centro a más avenidas de chopos y de alisos, que una estrella tiene rayos, y allí la primavera, calzada con la verde hierba de abril, vestida de las flores de mayo, hace brotar centellas de agua cristalina a una fuente en una Peña rodeada de narcisos. Este ameno lugar servía de meta y umbroso descansadero lo mismo al vaquero convecino que al que de más lejanas aldeas venía, si cansado él, casi más cansado el mismo largo camino que le llevaba.

592 Llegan allí las serranas, y, al oír la armonía de la fuente se agachan para aplacar la sed, lo mismo que simples codornices que acuden al reclamo que imita su voz y encubre entre la mies todavía no espigada la red donde han de quedar presas.

597 Hasta la rama más pequeña del álamo de follaje verde y blanco está cubierta de hojas, musicales a causa del viento que las mueve o de los ruiseñores que entre ellas anidan. Pero ni céfitos ni ruiseñores pudieron endulzar, ni aun por un breve rato, sus penas al montañés, * que, desagradecido al fresco, a las flores y a la armonía de aquel lugar, pisa la hierba de él como si fuera arena de la Libia, y a los arroyuelos formados del caudal de la fuente, que, como serpientes de aljófara, atraviesan el prado, parece que les atribuye aún mayor veneno que a las ondas del mar, que esto podría deducirse de su no beber el agua, de su rapidez en huirlo.

609 Pasaron pues todos los serranos sin detenerse, desplegados del mismo modo que las velas grullas

cuando las vemos surcar como galeras volantes los picos del aire libre, allá por los equinoccios (que son los tiempos de su emigración): que unas veces parecen formar una media luna, ya creciente, ya menguante, y otras, con las mismas plumas con que vuelan, semejan escribir letras aladas en el papel diáfano de los cielos (*tal vez* la letra y *griega*, que, según la tradición, inventaron los griegos copiándola de la forma de volar de estas aves).

619 Mientras tanto, las serranas, bajo bóvedas umbrías (que, por la frescura que comunican siempre al aire, y aun por la propia frescura de su colorido, podrían llamarse «bóvedas pintadas siempre al fresco»), descansan sobre las verdes alfombras de la hierba; alfombras que nunca han podido imitar ni aun los telares que hoy tienen los turcos en tierras de Sidón.

623 Y apenas habían reclinado las mozas la cabeza, cuando llega también a sentarse a las márgenes de la fuente y a adornarlas con su hermosura, una segunda primavera de villanas — un segundo grupo de jóvenes y bellas montañesas — las cuales eran parientes del novío, y aun más próximas en parentesco que vecinos sus pueblos en distancia, y llegan, prevenidas de regalos, para asistir a las bodas.

630 Mezcladas éstas y las que habían llegado antes, convierten con su presencia en teatro dulce aquel lugar ameno, teatro que mal se podría llamar de escena muda, por el rumor de la charla de las mozas, *tal vez* por el mismo canto de los ruiseñores, espacio breve, en donde, a pesar del sol, que no podía llegar allí con sus rayos, la sombra florida vio sobre la menuda hierba la cuajada nieve de los miembros de las serranas, vestida con los mil colores de sus trajes.

637 Viendo que (pues ya iba menguando el día) les quedaba a ellas aun tanto de camino para el lugar,

que justamente lo podrían recorrer en lo que el Sol tardara en ocultarse por el oscuro occidente, del mismo modo que una bandada canora de pájaros se acoge para pasar la noche a las ramas de un robusto nogal que crece a la margen de una acequia en vecino cercano, al tiempo que la Aurora deja gozar las rosas de su frente a nuestros antípodas (que es cuando anochece para nosotros): así sale, para acogerse al poblado, con ligero andar, aquella escuadra hermosa que vuela sin alas, mientras le sirven como de atalayas del ocaso — como de señales de que se acaba el día — todas las chimeneas ya humeantes de la aldehuela.

649 Pronto alcanzan las mujeres al lento grupo de serranos (que iban más despacio a causa de los presentes que llevaban para las bodas), y, adelantándolos *, llegan al pueblo a tiempo que ya ha anochecido, alumbradas por la luz que el día ha cedido «al sacro volcán de errante fuego», a la torre del lugar, ornato de la iglesia, que, para solemnizar la ceremonia del día siguiente, habían iluminado con diversos fuegos, y que desde artificiosamente al aire vano, no purpúreos cometas de mal augurio, sino luminosas saetas de pólvora — cohetes — (que por esta razón hemos llamados antes «errantes» al fuego).

659 Con el grupo de mujeres han llegado también nuestro joven peregrino y el viejo y político montañés. El joven alaba los fuegos; pero el serrano, como prudente, le echa en cara al dios de las bodas tal exceso de luminarias (pues sólo cinco teas eran las que se encendían para las nupcias entre los antiguos), porque teme el viejo que alguna se convierta en carroza ardiente de nocturno Faetón (Faetón quiso conducir el carro de su padre el Sol, y, no pudiendo gobernarlo, cayó abrasado a la tierra). Así teme el prudente serrano que alguna de las luminarias o cohetes caiga ardiendo al suelo durante la noche, y amanezca convertida

miserablemente en estéril campo de ceniza la que había anochecido aldea.

666 Después conduce el viejo a nuestro peregrino hasta unos ámbros que había no muy lejos de allí. (Los ámbros son árboles consagrados a Alcides; y en ámbros, además, fueron convertidas las hermanas de Faetón mientras lloraban la muerte de su hermano, orillas de aquel río donde él cayó ardiendo.) Los ámbros adonde llevó el montañés a nuestro joven, estaban (cual si recordaran aún lo que habían sido antes) peinándose los verdaderos cabellos a la luz de las luminarias, para lo cual se servían de tantos espejos como ondas formaba un arroyo.

670 Tantos robustos mozos, tantas y tan hermosas zagalas se solazan entre los ámbros, que el Sol, que por ser de noche no puede contemplar la escena, de buena gana, por ver la menos bella de las mozas, compondría o reduciría en una sola estrella de la noche todos sus rayos, todos los rayos que, a la aurora, saludan los moradores de la tierra oriental de Bengala, cines, no blancos sino tostados, de las orillas del Ganges.

676 El sonido de la gaita incita a bailar; la música del salterio convida al canto; tanto es el regocijo, tanto el baile, que el Trión más fijo — la estrella más fija de la constelación llamada Osa Mayor — cruza ahora el cielo y se mueve como si también quisiera danzar, y el tronco mayor y más pesado baila en la ribera, y el eco responde inmediatamente con voz entera al menor silencio, pues no hay ni un sitio donde no resuenen voces, porque apenas por un momento parece que por algún rincón hay una pausa de silencio, cuando inmediatamente el eco lo desmiente respondiendo a las voces y cánticos que ya resuenan también en aquel lugar, y respondiéndolo, no con la última sílaba como generalmente ocurre, sino con voz entera, que tanta es la sonoridad y bullicio de los cánticos. Y cada onda

del arroyo, al reflejar las luminarias de los fuegos, parece que aprisiona una luz, parece ser el fanal de la luminaria que aprisiona, porque el reflejo mismo hace de luz y el agua de vidriera.

684 El sueño a que se entregan los aldeanos pone punto final al regocijo, pero no a la fatiga, porque el movimiento del baile, a que se habían dado, es, durante mucho tiempo aún, verdugo o atormentador de las fuerzas de los bailarines. También los fuegos, cuyas innumerables llamas estuvieron, durante algunas horas, desmintiendo con sus lenguas la noche, alumbrando la noche y convirtiéndola en día (pues sus luces, competidoras del Sol, fingieron día en las oscuras tinieblas), también los fuegos murieron por último y, sepultados en sí mismos, sus miembros deshechos en cenizas sirven ahora de piedra tumbal y de epitafio a la propia sepultura.

694 La noche ha vencido por fin. Y ahora triunfa, aunque por breve tiempo, el silencio mudo sobre el ruido. Tan sólo se oyen los gemidos que lanza el sagrado laurel al ser cortado por las agudas hachas. También el verde aliso se ve despojado del esplendor y pompa de sus ramas por los recios golpes que sobre él descargan aldeanos membrudos. El chopo gallardo que resistir pudo a los vientos, al fuerte austro, al euro ronco, y cuya lisa corteza sirvió de papel, aunque rudo, en que escribieran sus penas amorosas los pastores, va ahora, cortado, a la aldea, donde revelará aquellos secretos, tan íntimos, que el amor cuidaba que ni aun siquiera otro chopo los pudiese leer. Con todos estos árboles adornan los rústicos su aldea, disponiéndolos de tal suerte, que, a la mañana, fingen bosques e imitan las alamedas y viñes que ha sabido ceñir de corrientes cristalinas la culta agricultura.

712 No despertó al Sol de su lecho de blanca espuma el dulce canto de las aves, sino el cuidado del

dios de las bodas, que llamó a las puertas de oriente con dos topacios por aldabas. Y ya el luminoso tiro del carro del Sol, mordiendo los frenos de oro, quería pisar la eclíptica celeste, cuando el serrano y nuestro extranjero pisaron las calles del populoso lugarillo (que *tal vez* habían pasado la noche en una choza de la alameda *, afueras del pueblo). Allí admira el joven el frondoso tapiz de verdes hojas que formaba la arboleda, sin que tenga que envidiar nada a los estrambres y sedas de los tejedores, y los arcos hechos de rosas (y otras flores variadas) que se levantaban por las espaciosas calles, fingiendo en el aire como unos nuevos jardines oblicuos o pensiles de Babilonia, con tantas violas como jazmines.

729 El vicio montañés presenta su forastero huésped al galán novio, después al venerable padre de la novia, la cual parece que, recatada, poniendo un dulce ceño, quiere esconderse dentro de sí misma, mientras su beldad, que habla a todos sin necesidad de palabras, ostenta, guardando un silencio afable, una gracia muda, del mismo modo que en el rizado y verde borón donde todavía comprime su hermosura la virgen rosa, orilla las junturas una orla de ligero color que ofrece «por brizula vergonzosa» —por un pequeño resquicio— tan sólo una promesa del purpúreo color que se encierra dentro.

739 El joven peregrino la juzga digna esposa, ya que no de un rey, por lo menos de un héroe esclarecido, e inmediatamente pasa al recuerdo de aquella otra belleza cuyo olvido y desamor eran la causa de sus desgracias, de su destierro y naufragio. Este sol de la hermosura de su dama, al representársela ahora, abrasó y redujo a cenizas las negras plumas de los recuerdos melancólicos que el joven tenía; pero (así como de las cenizas del ave fénix nace un gusano que luego vuelve a transformarse en ave) de estas cenizas abrasadas de sus tristezas, nació, como gusano roedor, un afecto triste de

verse ausente y desdénado, gusano que empezó a morder lentamente el ánimo del joven, como un minador interno de la alegría que el recuerdo de su amada le había producido, hasta que creció tanto el gusano de su tristeza, que, como si se convirtiera de «minador» interno en «arador» externo, el joven sintió ya sólo clara, inmortal y patente su pena *.

750 Y al ver en el color, mezclado de clavel, de la bella labradora una sombra del templado color de azucena de su amada, una pálida imitación de su belleza, parece que en aquella sombra de azucena pisa el pensamiento una ríbora (pues dicen que la serpiente suele estar oculta entre las flores), y siente tal dolor, que el alma, desatándose por los ojos, hubiera dado muestras de su congoja, a no ser porque a aquel tiempo llegaron dos coros de vírgenes bellas y gallardos jóvenes, acompañados de cien zampoñas y otros, aunque rústicos, sonoros instrumentos.

762 El numeroso e impaciente concurso de labradores saca por fin a los novios: él, floreciente en años y todavía más floreciente en caudal; ella, la misma pompa de las flores, la misma esfera de los rayos bellos del Sol. Himeneo iba anudando, entre un retozón enjambre de amorcillos, el lazo de los cuellos de los desposados, mientras invocan su deidad los alemnos coros de las tiernas voces de las zagalejas y de este acento blando de los garzones:

CORO PRIMERO

774 Ven, Himeneo, adonde te espera un Cupido, no ciego y alado, sino con ojos y sin alas, cuyas crecidas guedejas dulcemente cubren el vello que ya le ha coloreado el rostro: vello que es toda la flor de su primavera; guedejas que son los rayos de su frente. Des-

de niño amó a la que hoy, ya mancebo, adora, Psiquis aldeana de este Cupido, niña labradora de la tostada Ceres, diosa de las espiigas. Esta Psiquis aldeana, esta niña labradora, que está hoy apenas en los umbrales de su adolescencia, una tu lazo al ardiente deseo del mozo. Ven, oh Himeneo...

CORO SEGUNDO

787 Ven, Himeneo, donde, entre arreboles de recatado rosicler, está anunciando el día, como aurora del Sol, que tanto vale decir como aurora de sus mismos soberanos ojos, una virgen, tan bella, que con los dos soles de su rostro podría abrasar la helada Noruega, y con sus dos blancas mano podría iluminar la negrura de Etiopía. De sus siempre vergonzosas mejillas son purpúreo trofeo, son vencido despojo, todos los clavos tempranos del mes de abril, que como rubíes lleva engastados en el oro de su cabello, todas las rosas que la concordia engarza para que unan como cadenas los cuellos de ambos desposados. Ven, oh Himeneo...

CORO PRIMERO

800 Ven, Himeneo, y haz que los menos vulgares de los amorcillos, hijos de las niñas hermosas que oculta el bosque, den al aire las plumas de sus alas, y mientras unos vierten con sus plateadas aljabas una lluvia, no de flechas, sino de mosquetas, y una nevada de azahares, vigilen otros la aldehuela para librarla de los pájaros nocturnos de infausto gemir y tardo vuelo; otros, en fin, revoloteen en silencio y por turno, encima del tálamo nupcial, mientras el novio, como lasciva abeja, chupa néctar hibleo de amor a la roja y virginal flor de acanto de los labios de la esposa. Ven, oh Himeneo...